30 colas que dejaron de agitarse

Rafael Alizo

Image not found.

Capítulo 1

30 colas que dejaron de agitarse

No hay cosa que a Christian le guste más en este mundo que los animales, siempre que lo veas en la calle, estará acompañado de algún perro, gato o hámster incluso. Desde pequeño, su familia, también amante de los animales, le inculcó valores para con los menos protegidos, ellos le enseñaron todo lo que ahora sabe, y sabe muchísimo. A sus ojos, un perro vagabundo es como el ser más desgraciado de todos, y no se equivoca. La peor experiencia de su vida quizá fue una historia que le contó su abuelo sobre una vivencia que tuvo en la segunda guerra mundial, donde, en el grupo medico en el que él estaba en Rumania (lugar de donde proviene su familia) tuvo que presenciar por motivos "científicos" como se vertía ácido sobre un caballo, uno de los animales que él consideraba más majestuosos, y lo peor del caso es que ese pobre ser quedó vivo, con heridas carcomidas por el efecto corrosivo; su horror y dolor fue indescriptible del todo en la historia del abuelo, pero se necesitó menos que eso para hacer temblar de miedo al pobre joven Christian. La familia del joven aterrado frecuentaba jornadas de adopción y rescate de callejeros, en las cuales se esforzaban lo más posible en salvar y cuidar a quien lo necesitara. Luego de ver tantas heridas escondidas en pelos finos, gruesos, limpios o sucios, el joven juró que dedicaría su vida a ello, era lo suyo. Cuando veía un animal rescatado, con heridas hechas por personas, un fuego interno se encendía en él, ¿Cómo alguien le haría algo a un ser con una mirada tan tierna e inocente? Llegó a un punto en el que confió más en los animales que en el hombre mismo. Actualmente tiene 20 años, 5 periquitos, 2 hámsteres, 8 cobayos, 18 gatos y 40 perros… ah, y una casa enorme.

Un domingo, su querer a los peludos de cuatro patas estuvo envuelto en miedo y desesperación cuando varios de sus contactos en los círculos de protección animal y básicamente cualquiera que lo conociera (ya que era muy bien conocido por ese querer) lo llamaron casi que al unísono para decirle una noticia terrible. Tanto como un caballo derritiéndose, pero esto sería propio de él, una historia que ojalá no existiera para contársela a sus nietos.

- ¡Cristian! ¡Tienes que venir rápido! ¡Hay un caso gravísimo! ¡SE HAN ENVENENADO A VARIOS PERROS EN TODAS PARTES DE LA CIUDAD!

Christian contuvo el desmayo que tenía a flote para salir corriendo a hacer algo al respecto.

Es día fue fatal, terrible, pésimo. Iban en autos despedidos a buscar perros en todas partes, a veces, solo eran cadáveres; todos los del círculo se mantenían en contacto constante, informando de cualquier detalle, pero casi siempre era muy tarde. Es horrible ver de por sí una sola mirada dejando este mundo con un último parpadeo, en esta ocasión tuvo que ser el espectador de más de una docena de vidas extinguiéndose. Vidas salvajes, sin dueños, sin un techo protector, o al menos una mano que los acariciara de vez en cuando. Seres que lo peor de su vida fue ladrarle a alguna lagartija que pasaba por allí.

Un caniche que se agitaba frenéticamente convulsionando, un pitbull que se negaba a mostrar la lengua, pero que en su mirada se notaba que se esforzaba en hacerlo, un labrador paralizado, cuyo único movimiento eran las respiraciones forzosas que daba, y una camada de cachorros mestizos encontrados en una caja, con un poco de pastillas rosadas en una esquina, causantes de las desgracias, pero era tarde, ya todos estaban en mejor lugar. Hubo un can en particular, otro caniche, que lograron mantener estable hasta llegar a un consultorio veterinario. Lamentablemente, al momento de acomodarlo en la cama, el can ya había, como quien dice, estirado la pata.

Los proteccionistas hicieron todo lo que pudieron, es incluso más de lo que tenían en sus manos, abusando incluso de favores, llamadas y recursos insuficientes; hubo muchas molestias ese día, una de ellas fue el poco interés que le dio la gente al asunto, y de la misma manera, el supuesto PGPA ("Programa Gubernamental de Protección Animal"), que fue creado con el motivo de ayudar a los animales en situación de calle, pero que siempre dejaban mal a todos, causando molestias entre los que sí se interesaban.

Las pastillas rosadas, halladas siempre al lado de donde solían estar los perros, eran una sustancia poderosísima de por sí en los humanos, que, al estar en contacto con las paredes del estómago, explotaron dentro de los canes. Ese día, varias lagrimas se vertieron, mucha tensión por parte de los rescatistas anónimos generó desconfianza entre varios grupos, y el resultado de todo fue la perdida de, extraoficialmente según el periódico regional, 30 perros.

La histeria estuvo en la familia de Christian esa noche, maldiciendo cuanto podían a los responsables de dicho acontecimiento. No encontraban motivos para hacer semejante horror, los responsables eran asquerosos, repugnantes, escoria que jamás debió poner, en primer lugar, un pie sobre la tierra. El asunto que más odiaban todos era que seguían allí, regodeándose de su aparente *victoria*.

Al día siguiente, ya tocaba el rehacer las actividades de la familia, y Christian, como estudiante del tercer año de veterinaria debía cumplir con sus obligaciones, soportando incluso los comentarios que se hicieron sobre

el suceso, en una clase de veterinarios, era común. Todos querían hacer sentirle bien, ya que era bien sabido que él era el que más quería a los animales. Él dio las gracias y, al momento del almuerzo, se apartó de los demás, comiendo solo. Sin nada aparente que pensar. Es aquí donde entra Sebastián.

Sebastián era uno de los compañeros que estudiaba con Christian, le consideraba un buen amigo, y recordaba haber atendido una llamada al momento de estallar el asunto el día pasado.

- ¿Cómo anda todo, Chris?

- Mal, ¿Qué creías? Los hijos de puta se salieron con la suya.

- Apuesto a que ahora deben de estar riéndose. No soporto esa idea.

- Yo tampoco, me hierve la sangre de solo pensarlo. –dijo Christian, en una forma de aguantar el hacer una escena, en seguida se calmó y le dijo lo más amablemente posible- Y no es por ofender, Sebastián, pero hoy quiero comer solo, quiero dejar de tener al frente de mis parpados esas miradas tan inocentes esfumándose.

- Te entiendo bien. Odio cuando los malos ganan, pero quien sabe. Puede que haya gente más mala que ellos. Solo hay que tener cuidado.

- Sí –dijo Christian con un toque fastidiado, mas no con Sebastián en sí-. Cuidado de lo que esos desgraciados puedan volver a hacer.

- Me refería a lo que alguien aparte de ellos podría hacer –comentó Sebastián dejando a Christian con una cara de intriga-. Por los que hicieron las cosas de ayer no me preocupo.

- ¿Y por qué dices algo así?

- En una semana se resolverá todo, ya lo verás, no te preocupes –terminó Sebastián sonriendo, quien se marchaba en tranquilidad absoluta, dejando a Christian sumido en sus pensamientos, ahora con dudas generadas sobre aquello que dijo.

"En una semana se resolverá todo". Christian no tuvo ganas de preguntarle más a Sebastián sobre esas palabras, simplemente se limitó a seguir con su vida, un poco deprimido, eso sí.

Pasada una semana del suceso, y que estuvo llena de más bajos que altos, estaba Christian mirando a sus perros jugar en ese inmenso patio, imaginándose cómo sería perder al menos uno de ellos por causa de alguien más, sería una tragedia, y tendría que poner cartas al asunto. Pero, ¿Acabar con la vida de alguien más, lo vale? Ha sido discusión desde

hace años, ¿Vale una vida humana más que una animal? Para Christian, todo era igual, excepto por la vida de los criminales que hicieron lo que hicieron. Para ellos no debería de haber perdón. En eso, por coincidencia su madre lo llama, de hecho, llama a todos a la cocina para comentarles lo que salía en el periódico. Al parecer, se encontraron con los cuerpos sin vida de cuatro personas que, presuntamente, estaban implicadas en el asesinato canino. ¿Cómo se supo? Por un quinto integrante que, envuelto en la locura, estuvo en la estación de policía para confesar todo, y para aclarar las dudas de esos cuatro asesinatos… y de los otros treinta.

Según él, esos perros no eran más que un estorbo y una molestia para la ciudad, y si los incompetentes del gobierno no iban a hacer nada al respecto, él y otros vecinos furiosos lo iban a hacer. Armados de ese veneno, se dispersaron por toda la ciudad, encontrando cuanto can pudieran y haciendo el trabajo sucio, dijo que se sorprende de que nadie los hubiese visto. Pero que de volver a tener la oportunidad no pensaría jamás en repetirlo, por lo que le ocurrió la noche pasada.

Cuenta cómo tres encapuchados dieron con él en su casa, cuando dormía, amordazándolo y llevándolo a la sala sin hacer ningún ruido, sin despertar a su madre ni a su hermano, aunque de hecho, su hermano sí estaba despierto, junto a él, en las mismas condiciones. También fue parte del asesinato masivo.

"Tú y tu hermano se han pasado de listillos, ¿verdad?", dijo uno de los encapuchados. "Creyeron que quedarían impunes, pues no será así, ¿quieren saber lo que esas criaturas pasaron, eh?".

Convulsionando de terror, el hombre que ahora cuenta la historia presenció cómo su hermano era obligado a ingerir las mismas pastillas rosadas, atragantándose en el proceso. "Oh, parece que te estas ahogando, déjame que te ayude", y acto seguido, aquella figura alta que lo tenía amordazado le abrió la garganta de un solo tajo con una navaja en la oscuridad, desparramando en el suelo una combinación nada agradable de saliva y sangre rosa. Luego de esto, el testigo fue golpeado hasta casi morir, al lado del cuerpo sin vida de su hermano, recordando que lo último antes de desvanecerse, fueron las palabras de uno de ellos, de una voz joven, diciendo *perros que no ladran, sí muerden*.

Cuando recobró la conciencia al día siguiente, notó que ya no tenía vendas, y medio cuerpo estaba bañado en sangre, atontado, también vio a su madre, una señora que casi rosa los setenta, desmayada en el suelo. Mandó todo al demonio y fue a la estación de policía más cercana, solo para enterarse que los otros tres miembros también habían fallecido, uno degollado, la única mujer, colgada a la fuerza con una cuerda entre el cuello, y el último, desangrado, después de haber perdido todas sus extremidades por el uso de, supuestamente, un machete. Entendió luego que el motivo de estar vivo no era coincidencia, lo querían vivo para

confesar y aclarar qué tenían en común esos cuatro asesinatos.

La madre de Christian también contó que el hombre estaba en ese momento resguardado con camisa de fuerza, por la experiencia tan traumática que supuso todo el rollo.

Christian en seguida se dirigió al patio. Con un mareo tan repentino como un rayo. ¿Cómo pudo hacer eso? El mismo joven que estudiaba con él desde hacía tres años, incluso Christian era mayor que él. Tantas preguntas y ninguna respuesta, solo una, y era a la incógnita del lunes pasado. *En una semana se resolverá todo*, ¿Y qué se suponía que iba a hacer Christian cuando viera a Sebastián? ¿Saludarlo? ¿Agradecerle? Simplemente no sabía. Solo sabía que ya los responsables de todo estaban donde pertenecían, debajo de la tierra, sin poder volver a ver la luz de nuevo.

Vomitó un poco cerca de un árbol, cosa que causó que algunos de sus perros ladraran, preocupados por él. Él simplemente les dio una sonrisa tenue. ¿De verdad, cinco vidas humanas equivalen a la de treinta caninas? El karma es un poder increíble, y a veces uno mismo lo hace cumplir, de manera horribles, se dijo.

Christian dudó de si contarle o no a la policía sobre el autor de los asesinatos tan brutales, pero al momento se le pasó la duda; este fue el momento más traumático de su vida, y sabe que a pesar de estar el balance justo, hay un vacío. Ahora él consideraba que *nadie* debía morir.

Sebastián nunca más fue visto en la universidad. Se desconoce su paradero.

03/12/14